

## F) INTELLECTUALES MEDIÁTICOS

### 11. *La algarabía de las tertulias\**

Se oyen cada vez con más insistencia comentarios sobre los excesos de los comentaristas de periódicos y de tertulias radiofónicas. La crítica nunca sobra, así que bienvenida sea. No está de más que quienes tienen por oficio criticar sean a su vez criticados. Incluso se ha hablado, días atrás, de que se había desestimado el borrador de una hipotética ley mordaza. El asunto no es menor. Podría encubrir, bajo apariencia de velar por la dignidad ofendida en los comentarios, un ataque encubierto a la libertad

---

\* Luis Núñez Ladeveze (catedrático de Periodismo), *El Mundo*, 11 de noviembre de 1996.

de opinión. Pero, antes de entrar en honduras, preguntémonos quiénes se quejan, qué dicen y por qué.

Lo que al parecer molesta más es la facilidad con que los periodistas toman la medida al poder político. El principal objetivo, declarado o inconfesado, son las tertulias radiofónicas. En ellas se habla de todo y de todos, especialmente de política y de políticos. El reproche principal se suele centrar en que los contertulios, seres de conocimientos tan limitados como los demás mortales, se expresan como si fueran enciclopedistas, con el desparpajo de los omniscientes; a veces se exceden en sus juicios conjeturando barbaridades, porque hablar es fácil, pero fundamentar lo que se dice es cosa diferente. El arbitristo y la contumelia están a la orden del día.

El reproche es válido. Las tertulias resultan entretenidas, pero también grotescas, cuando no mordaces e insultantes. Hay que sonreír cuando alguien, economista de renombre, expone con desenvoltura de especialista postkantiano las pautas de *La paz perpetua* o si otro tertuliano comenta, como quien no quiere la cosa, que no hay contertulio que se precie de serlo que no haya leído el célebre opúsculo de Kant.

Todo es posible, pero creo que la única defensa al alcance de quien no tiene el privilegio de exhibirse en un medio de comunicación es la sospecha de que quien habla con petulancia o con acritud es un ignorante que encubre sus desconocimientos con alardes de postiza erudición. También el que va al médico queda a merced de su criterio y, si desconfía, que vaya a otro.

Es verdad que al opinar sin fundamento, los contertulios pueden resultar agresivos e injustos. Esta crítica es razonable, decía, pero ¿qué se obtiene de ella? ¿Rectificar los criterios de selección de quienes dirigen los programas de debate de radio y televisión? El asunto es más complejo y delicado. Tropezaríamos con tres problemas. Primero, con el de si hay mejor forma de seleccionarlos. Segundo, el de cómo asegurarnos de que los seleccionados aceptarían el encargo. Tercero, cómo saber que la audiencia aceptaría con agrado la selección.

Estos tres asuntos son mucho más problemáticos de lo que a primera vista puede parecer. Todos tenemos algún criterio selectivo pero no hay modo de saber por qué ha de ser preferible uno a otro. Alguno diría que lo preferible es seleccionar a los mejores comentaristas. Pero, ¿cómo decidir quiénes lo son? El único procedimiento «objetivo», entre comillas, sólo puede ser el de satis-

facen las expectativas de los oyentes. Pero no hay ningún modo de conocer directamente esos gustos; y de los indirectos, el más válido es el de comprobar la aceptación del programa. Es el mismo procedimiento que se sigue para saber qué coche, qué jabón o qué filme es el mejor: dejar que el cliente compre el que prefiera.

Supongamos, por otra parte, que solicitáramos la participación de los que realmente saben de lo que hablan. ¿Por qué habrían de condescender a exhibir sus conocimientos ante quienes no los necesitan o no los van a apreciar en su valor? El comentario en los medios periodísticos se hace ante la galería y lo hacen quienes necesitan que la galería les aplauda o quienes han convertido esa función en un medio de vida, en una profesión socialmente reclamada. Pero el especialista que sabe de lo suyo o el artista que se sabe creador o el escritor que ya ha triunfado no necesitan ese tipo de prestigio o no ejercen esa función social. Así que no hay razón para pensar que estén dispuestos a sustituir a quienes hacen del comentario un oficio. Menos razón hay para creer que los oyentes vayan a preferir el comentario de quien no tiene por oficio comentar.

En la barahúnda de los medios periodísticos se escucha y se atiende más al que se esfuerza por hacerse oír que al que tiene cosas que decir. Y quienes se quejan de ellos son principalmente los políticos, o quienes viven del aplauso popular. Por eso querrán siempre amordazarlos. ¿Por qué ocurre esto? La razón es bastante clara. Los políticos buscan votos, pues la conquista del poder, o su retención, depende del número de votantes potenciales; son, pues, los intermediarios naturales para proporcionar al político la adhesión ciudadana que éste desea obtener. De aquí que los políticos necesiten a los contertulios, y que los aborrezcan cuando éstos no sirven a sus deseos. Aquí a nadie le importa que hable el que sabe sino el que a cada uno convenga. Son los políticos los que elevan a los periodistas a una categoría que no tendrían si no los necesitaran. Requieren sus juicios, los discuten, reprochan sus comentarios si no les convienen y, a la vez, les gustaría que les convinieran. De este modo la función periodística va suplantando a la intelectual, porque la función política, que es la principal reguladora de las discrepancias discursivas cotidianas, necesita menos del intelectual que del periodista; y porque al intelectual y al pensador genuinos, que van más al fondo de los asuntos, les importa menos el aplauso del común que la estima selectiva.

Todavía se quejan algunos políticos de la facilidad con que los comentaristas de la actualidad pueden dañar la imagen de sus personas. Denigran la fama, dicen, comprometen el honor insinuando lo que no saben o sin aportar datos suficientes sobre lo que aseguran saber, alteran el peso de la prueba porque al incitar a la sospecha sin fundamento obligan a actuar a la defensiva a quien no tiene por qué defenderse. Creo que muchas de estas cosas que se dicen son ciertas. Pero también creo que es el precio de la igualdad y de la democracia. Si se vive de la imagen que uno va esparciendo de sí mismo por afán de aplauso o por necesidad electoral, o por llamar la atención, hay que estar igualmente a las duras. Además, también el comentarista se expone, al opinar, a que quien le escuche le censure o le ridiculice. Y esas reservas críticas que se han extendido son buen testimonio de que la adhesión al comentario no es incondicional. Los periodistas y comentaristas de tertulias y columnas de opinión son en gran parte lo que la rivalidad y la necesidad de los políticos han hecho de ellos. Que no se quejen, pues.

Pero lo más llamativo es que, examinando quienes ejercen el comentario en tertulias, puede comprobarse que hay casi tantos políticos y sindicalistas como periodistas. Eso me recuerda algo que dijo Luis Solana cuando era presidente de Telefónica porque un columnista le había criticado. Dijo que a él también le gustaría disponer de una columna para replicar. Tal vez le parecía poco elevada la torre de Telefónica y pretendía, además, subirse a la columna del periódico. A los políticos su poder siempre les parece insuficiente para esparcir el bien que pretenden derramar. Así que, me parece, que más que amordazar a los contertulios lo que se necesita es una mayor ejemplaridad de los políticos.